

JOSEP MARIA ROVIRA BELLOSO

**JESÚS,  
EL MESÍAS DE DIOS**

Una teología para unir  
conocimiento, afecto y vida

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2005

La edición castellana ha contado con  
la colaboración de Paloma Fernández Heredia.

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2005  
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España  
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563  
e-mail: ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1562-5  
Depósito legal: S. 820-2005  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprime: Gráficas Varona S.A.  
Polígono El Montalvo, Salamanca 2005

## CONTENIDO

1. Introducción .....	9
2. De una teología de Juan Bautista a una teología del bautismo .....	35
3. Sobre los evangelios de la infancia .....	51
4. Comienzo del evangelio de Marcos .....	77
5. El sermón de la montaña (Mt 5–7) .....	101
6. Las parábolas .....	121
7. Sentencias de Jesús .....	137
8. La misión .....	173
9. Los milagros .....	209
10. La eucaristía y la fe según Pablo, Juan y Lucas .....	233
11. La pascua de Jesús: una lucha entre la vida y la muerte	253
12. La pascua de Jesús: narraciones y misterio de la resurrección .....	285
13. El retorno del Señor .....	317
14. Epílogo. ¿Quién es Jesús de Nazaret? .....	333

## Introducción

La fugaz historia de los hombres y la eternidad trascendente de Dios son dos polos en contraste que se atraen mutuamente. Este libro tratará de este contraste, como ya lo hice en mi libro de 1986, *La humanidad de Dios*. El paso de los años me ha hecho ver que la contraposición entre historia y eternidad se concentra de una manera viva y ejemplar en Jesús, el Cristo. En el fondo, tal es el tema de este libro, un tema que puede calificarse como *concreto universal*.

### 1. *El núcleo generador*

Quisiera presentar un libro transparente, que se beneficie de todo lo que se ha escrito —con muy buen sentido— durante los últimos quince años sobre la historia de Jesús; y sin embargo desearía que además esta obra llevara al lector no sólo a constataciones históricas previas y necesarias, sino a abrir el camino o rendija que lleva a Dios. Es mi intención moverme en el nivel teológico y contemplar lo que Dios ha obrado en Jesús. Porque es Dios quien nos abre «los ojos del corazón» (Ef 1, 18) para que puedan captar la luminosidad que emana del Evangelio.

No querría escribir ni una vida de Jesús ni un manual de cristología académica, mas ¿es posible un tercer camino? Sí: el que comienza a desvelarse allá donde los historiadores y los exegetas consideran que ha finalizado su camino de presentación del Jesús de la historia. Aquel que va de lo efímero, histórico, contingente a lo que es esencial. Por esto, insisto, son necesarios los «ojos del corazón» (Ef 1, 18) o la «mirada penetrante» del profeta (Nm 24, 15).

Es preciso fijar la vista en el Jesús histórico y real, en el rostro humano de Cristo, y contemplando este rostro ser capaces de llegar

al ser inefable del Dios vivo. El camino espiritual del presente libro es el indicado por el evangelio de Juan, cuando asegura: «Felipe, quien me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14, 9).

Tengo claro que mi libro *–Jesús, el Mesías de Dios–* comienza donde acaban los destinados a precisar bien los términos del «Jesús histórico», es decir, del rostro de Jesús que aparece después de la mirada histórica, rigurosa y científica que la llamada «tercera búsqueda» dirige a Jesús como personaje comprobable por la historia. La mirada histórica no es todavía la mirada de la fe. «El acceso al Jesús histórico y el redescubrimiento de su mensaje constituyen un proyecto sin discusión [...]. Hay sin embargo que intentar rehacer el lazo entre la historia y la fe», sostiene A. Puig y Tàrrech en un excelente artículo sobre la actual búsqueda del Jesús histórico. En el año 2000, durante la primera etapa de la redacción de este libro, yo escribía lo siguiente: «La misma historia nos lleva a la fe si queremos entender en toda su profundidad la persona de Jesús»<sup>1</sup>.

Querría escribir un libro que requiriese poco equipaje religioso por parte del lector: una cierta aceptación de Dios, o incluso un agnosticismo abierto que *–si se presentase el caso–* no rechazase la fe. También pienso en el lector que desearía tener una fe más viva. El lenguaje procurará ser sencillo, contemplativo y religioso; capaz de conseguir que el lector que ha partido de la narración evangélica se encuentre situado delante del misterio esencial de Dios. Porque los evangelios son narraciones elaboradas a partir de los recuerdos creyentes acerca de la vida y la muerte de Jesús, pero *–en realidad–* son narraciones que nos muestran lo que Dios ha obrado en Jesús a favor de todos los hombres<sup>2</sup>. Al escuchar las narraciones que nos hablan del rostro humano de Jesús contemplamos, en filigrana, la manera de ser y de hacer de Dios.

*Jesús, el Mesías de Dios* quiere ir de la historia a la teología y de la narración a la fe, sin que este paso suponga ningún añadido ilícito. Este paso se da simplemente para entender a fondo lo que Dios ha obrado en el mundo y en los hombres por medio de Jesús. Las palabras de dos santos canonizados, san Buenaventura y san

1. J. M. Rovira Belloso, *Jesucristo desde la fe*, en J. Barrull-R. Prat-A. Serramona, *Iglesia y sociedad en diálogo. Homenaje a Mn Buenaventura Pelegrí*, Pagés Editores, Lérida 2001, 334.

2. F. J. Moloney, *Teología joánica*, en *Nuevo comentario bíblico San Jerónimo*, Verbo Divino, Estella 2004.

Juan Eudes, nos ayudarán a dar un segundo paso que nos hará entender bien mi propósito. En efecto, el que ha comprendido el evangelio de Cristo –si quiere entenderlo perfectamente– habrá de esperar a que se actualice en él mismo el Evangelio que ha creído. Escribe san Juan Eudes:

Nos es necesario continuar y completar en nosotros el estado y los misterios de Cristo, y orar con frecuencia para que se realicen totalmente en nosotros y en la Iglesia universal. Porque los misterios de Cristo aún no se han completado ni realizado totalmente. Han llegado a su perfección personalmente en Jesús, pero no en nosotros, que somos miembros de Cristo, ni en la Iglesia, que es su Cuerpo místico. El Hijo de Dios tiene el propósito de comunicar, expandir y continuar sus misterios (encarnación, nacimiento, muerte y resurrección) en nosotros y en la Iglesia universal. Es en este sentido como quiere completarlos en nosotros... Por esto los misterios de Cristo no estarán totalmente acabados hasta el fin de los tiempos<sup>3</sup>.

La cita de san Buenaventura es quizás más «mística» pero no más oscura:

De lo más íntimo de la fe me viene la idea de que el ánima devota puede renovar el misterio de la encarnación y, por la fuerza del Altísimo, mediante la gracia del Espíritu santo puede conceptualmente concebir, dar a luz y poner nombre al Verbo bendito, Hijo unigénito de Dios Padre, buscarlo y adorarlo con los santos Magos para presentarlo felizmente en el templo a Dios Padre<sup>4</sup>.

Creo que tanto el pensamiento de Juan Eudes como el de Buenaventura hablan del cumplimiento universal de los misterios de Jesús. Hablan de la manera como es necesario que esos misterios, que Jesús vivió personalmente, sean vividos por la Iglesia y por la humanidad: por cada uno de nosotros, según lo que san Pablo ya dijo acerca de la actualización de la pasión de Cristo en su persona: «Ahora me alegro de padecer por vosotros, pues así voy completando en mi existencia mortal, y a favor del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, lo que aún falta al total de las tribulaciones cristianas» (Col 1, 24). La tradición de san Francisco, que se «introdujo» en el pese-

3. Juan Eudes, *Tratado del reino de Jesús* III, 4, en *Opera omnia* I, 310-312.

4. Buenaventura de Bagnoregio, *De quinque festivitibus Pueri Jesu, Prologus*, en *Obras completas de san Buenaventura*, BAC, Madrid 1966, 365.

bre del Nacimiento, y la tradición consiguiente de san Buenaventura, que ve cómo cada escena del Evangelio se puede actualizar en los creyentes, ponen las bases de la tradición franciscana que quiere al creyente integrado en los misterios de la vida de Jesús. Esta misma tradición se expande a partir de Ignacio de Loyola, con su lema «como si presente me hallase» (*como* si me pudiese introducir en la escena evangélica en cuestión). El subrayado que yo haría es que no sólo se puede decir «como si...», sino que se puede afirmar con toda propiedad: «Encontrándome presente delante de Jesús». San Ignacio, que pertenece a la cultura barroca, pedirá al creyente que se aplique a reconocer el lugar, las personas, las palabras y la acción con sus sentidos elevados por la fe, para entrar en el misterio en cuestión. Hoy, después del movimiento litúrgico, entendemos que es el misterio en cuestión el que se anticipa hasta nuestra situación de caminantes o peregrinos sobre la tierra y «nos hace entrar» en la realidad de la vida de Cristo vivo.

¿Qué libro podría ser fiel al pensamiento de san Buenaventura y de san Juan Eudes, de san Francisco y de san Ignacio de Loyola? *Querría explicar y vivir el sentido actual de las palabras y de las acciones de Jesús en el Evangelio*, para que en nuestra vida pudiésemos continuar viviendo los misterios de la vida de Jesucristo. Esto supondría elaborar un tipo de libro que, aunque tenga presente los problemas históricos y teológicos de hoy, no sea una cristología académica. La razón por la que no me siento llamado a escribir una cristología de esa clase es muy sencilla: existen ya muchas y buenas<sup>5</sup>. Tampoco me siento llamado a escribir una «vida de Jesucristo» que intente hacer asequible y comprensible lo mismo que se explica en el Evangelio. Querría ofrecer una obra que la puedan leer aquellos que normalmente leen libros para llegar a entender el mensaje y la persona de Jesús, una obra que haga accesible la proximidad a Jesús, que presente con claridad la relación que pueden tener con Cristo las personas que viven en la cultura actual. Esas personas que añoran sobre todo la felicidad del propio *yo* y que piensan que disponen de infinitas posibilidades, pero que a menudo tienen dificultades para encontrar sentido a lo que viven. Esas

5. O. González de Cardedal, *Cristología*, BAC, Madrid 2000; J. I. González Faus, *La humanidad nueva*, Sal Terrae, Santander 1974; J. Moingt, *El hombre que venía de Dios* I-II, Desclée, Bilbao 1995; W. Kasper, *Jesús, el Cristo*, Sígueme, Salamanca <sup>11</sup>2002.

personas sumergidas en una cultura exclusivamente intramundana (empírica), pragmática (que en la práctica y sobre todo busca el bienestar), competitiva, muy materialista e indiferente hacia un Dios eclipsado en exceso dentro de la sociedad pluralista y secular. Querría escribir un libro que mostrase de alguna manera que el acceso a Jesús se realiza por la fe (razonable y razonada). Un libro que no excluya el amor cuando se trata de configurar nuestra posible relación con Cristo. Tal propósito está totalmente de acuerdo con lo que son los evangelios.

## 2. *Qué son los evangelios y cómo leerlos*

Pienso que, de entrada, cuesta entender qué son exactamente los evangelios. ¿Biografías de Jesús? ¿Historia erudita como la que se escribe hoy en día? ¿Recuerdos fugaces o sentimentales de Jesús? Existe un atajo para enterarnos de lo que son. Si alguien asiste a la celebración vespertina del Viernes santo, escuchará la proclamación de la pasión según san Juan. El acontecimiento de la pascua, reflejado en esta lectura, nos ayuda a comprender qué son los evangelios.

La pasión según san Juan –y prácticamente lo mismo se podría decir de los relatos de los otros evangelistas– es una narración muy precisa (la precisión afecta hasta a los detalles) y de una concisión que podríamos calificar de clásica, empapada siempre por la *solemnidad trascendente* propia del cuarto evangelio. Es la narración de un testimonio que ha entendido los hechos y el significado de todo el acontecimiento pascual constituido por la pasión, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret.

Pues bien, esto es el Evangelio en su núcleo más central: el recuerdo intenso y cercano, vivido y creyente, del acontecimiento final de la vida de Jesús, es decir, de su pascua. Los evangelios son, ante todo, el relato pascual, expresado sin embargo en un orden inverso al cronológico: resurrección, muerte y pasión de Cristo Señor. Los evangelios no son biografías de Jesús, aunque contienen preciosos fragmentos y detalles significativos de sus palabras y de su vida. Tampoco son el recuerdo sentimental de un pasado que se expresa de una manera puramente subjetiva. Y menos aún, en el otro extremo, la obra historiográfica de un profesional. Son la pro-



clamación de una buena noticia inaudita, pero enraizada en la historia, en un tiempo y en un pueblo, acreditada con obras y palabras: este hombre que ha salido de Dios y ha sido crucificado, vive para siempre en Dios, su Padre.

Por tal razón se puede decir que los evangelios comienzan por el final. En ellos, lo más central es el fin: el anuncio de que Jesús, enviado por Dios como Profeta y Mesías, crucificado en tiempo de Poncio Pilato, vive en la eternidad del Padre. Los evangelios, por tanto, nos enseñan a dar el paso de la historia a la fe.

A causa de ello, los evangelios aparecen como un escrito –en su letra– que tiene un sentido preciso: la persona de Jesucristo, dada a conocer (nivel de la historia) y ofrecida a la fe de los oyentes y lectores (nivel de la fe). Cada escena del Evangelio es un relato, una palabra, que tiene un sentido preciso: el conocimiento creyente de la persona de Jesús, el Cristo.

Además del acontecimiento de la pascua, los evangelios narran muchos momentos de la vida pública de Jesús. Los evangelistas, tras ofrecer la buena noticia de la muerte y resurrección de Jesucristo, comprueban que el mensaje y los diversos episodios de su vida pública y mesiánica eran del todo coherentes con el final de esta vida y, por tanto, era necesario expresarlos en la medida en que podían ser recordados a través de las diversas tradiciones orales o escritas donde se habían conservado.

Por esto los evangelistas añaden los dichos y los hechos de Jesús disponibles en la memoria de las comunidades y de los testigos oculares de la época. Así, los dichos y hechos relevantes de Jesús forman el voluminoso bloque de la *vida pública*, compuesta por predicaciones, discursos al pueblo, a los discípulos, a los fariseos; parábolas; sentencias, anuncios de su muerte, curaciones, resurrecciones, gestos de compartir el pan con las multitudes; relaciones con el pueblo y con las autoridades judías; fiestas y viajes por los caminos; largas sesiones de oración, etc. Es la parte más larga del Evangelio, en la cual los cristianos reconocen –bajo la luz del Espíritu– el rostro auténtico de Jesucristo, reflejo del Dios vivo, según la cita famosa: «El que me ve a mí ve al Padre» (Jn 14, 9).

Todavía –y yendo siempre hacia atrás– los evangelistas dan un último paso: reconstruyen y dramatizan escenas de la infancia de Jesús, coherentes también con los episodios de la vida y de la pascua del Señor. En efecto, las escenas de la infancia de Jesús expre-

san una intensa teología dramatizada que contiene unos valores y unos significados totalmente coherentes con la vida, la muerte y la resurrección de Jesús, pero que no presentan el mismo cariz histórico que el grueso de los evangelios: vida pública y misterio pascual.

### 3. *Mis propósitos resumidos en cinco puntos*

Quisiera beneficiarme no sólo de los estudios bíblicos, sino de la evolución que ha afectado a la teología y a la espiritualidad de mi entorno, y que sintetizaré en cinco puntos.

1. *Jesús vive en el nivel escatológico de Dios; sin embargo actúa constantemente en la historia.*

a) Jesús glorioso está vivo, de tal manera que «sentado a la derecha del Padre no cesa de intervenir en el mundo» (concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 48). Este fue el eje central de mi libro *Símbolos del Espíritu*<sup>6</sup> y continúa siendo nuclear en mi reflexión sobre el Jesús del Evangelio.

b) Por eso, hay que ir de la historia a la fe. El punto de partida de la fe en Jesucristo es la historia real de Jesús de Nazaret. No podemos creer al margen de esta historia. Menos aún podemos creer en contra de la verdad histórica que sabemos sobre Jesús. Tampoco podemos decir que creemos los datos de la historia porque, por definición, estos datos los sabemos, no los creemos. Creemos la profundidad de la persona de Jesús que nos presentan los datos históricos.

2. *La acción del Espíritu hace que Cristo esté presente y activo en los evangelios (actividad e iniciativa de los evangelios).* Los evangelios, como los sacramentos, son una red de comunicación de Dios con los hombres: de lo que es divino y eterno con lo que es histórico. Aquí aparece ya el común denominador de este punto y del siguiente: somos participantes en cada una de las escenas del Evangelio, y no sólo simples espectadores. Cristo vivo se hace contemporáneo nuestro, porque puede comunicarnos su Espíritu de verdad, amor y vida, a pesar de la distancia histórica y cultural. Es por eso por lo que las palabras de Cristo llegan a nuestro corazón (a nuestra conciencia) y es por eso por lo que las actitudes de Cristo se prolongan en nuestras actitudes.

6. J. M. Rovira, *Los sacramentos, símbolos del Espíritu*, CPL, Barcelona 2002.